



Para Mary

Todo comenzó aquella noche cuando, al hacerme consciente de que estaba en el sueño, alguien de por ahí me dijo: esta es tu vida cuando duermes, este espacio y este momento realmente ocurren y seguirán ocurriendo mientras tú así lo decidas. Tenía 14 o 15 años, y llevaba algunas semanas soñando una historia que me concernía totalmente. En ese entonces, el que un ente onírico me interpelara así, tan directamente, no me resultó extraño porque apenas algunos años atrás había dejado de tener las visiones habituales que me acompañaron durante toda mi infancia, las cuales iban y venían y me resultaban muy cotidianas. Pero debo admitir que, al principio, sí me sorprendió que cada noche, al quedarme dormida, *mi otra vida* seguía en el mismo punto donde la había dejado la noche anterior, y las

personas y situaciones que ahí experimentaba seguían ahí, como en mi vida real. Por tres o cuatro años, mis sueños no fueron escenarios dispersos en donde o se me caían los dientes, o volaba, o andaba por las calles desnuda, o me encontraba rodeada de serpientes... En mis sueños, yo hacía cosas normales como estar en casa, ir a una escuela, conocer personas, enamorarme, inmiscuirme en conflictos... Incluso, en esa vida, tuve un hijo, cuyo nombre no recuerdo, pero recuerdo la sensación de sostenerlo, de acariciarlo. Quizás lo que ocurrió en esa otra vida no importa mucho ahora, sino el hecho de haberla vivido. El hecho de haber tenido esa posibilidad.

“El sueño cierra el bucle de un cierto tiempo de nuestra vida para abrir otro. Es la seña de que alguna cosa llega. Ni solamente

presagio, ni únicamente expulsión que ha escapado a las garras de la censura, es portador de este *continuum* de vida en el que es tan difícil proyectarse”, sostiene la difunta filósofa y psicoanalista francesa Anne Dufourmantelle en su libro *Inteligencia del sueño*, el cual he comenzado a leer y me ha hecho recordar esa época en la que los sueños eran –supongo que siguen siendo– vitales para mí, porque me otorgaban la posibilidad, no de vivir más, sino de vivir diferente.

Puede ser, claro, que yo estuviera muy descontenta con mi vida real, como Coraline que huye a otra casa, con otra madre y otro todo, porque su vida le resulta sumamente anodina y sus padres, que están igual de aburridos, la ignoran. “Tal vez soñamos con el solo fin de experimentar eso: ser un sobreviviente”, dice

Seguramente a todos nos ha pasado algo así, pero pocos somos los que reconocemos su relevancia, la forma en la que *estar en el sueño* nos trastoca.

Dufourmantelle. Sobrevivir a lo que había experimentado la vida, claro, a ir sorteando los días para llegar a la hora del sueño y decir: “lo he logrado”. Pero tampoco me es relevante enfatizar el por qué yo tenía ese “escape”. A esta edad, siento mucha nostalgia por esa época de mi vida –¿mi otra vida?– en la que tuve la certeza de que cada noche *algo llegaría* y me cambiaría. Luego uno crece y eso se pierde. Pienso que cuando eres pequeña o joven, se posee cierta sensibilidad que nos permite acceder a espacios y momentos que la adultez nos niega. O más bien, que la adultez tiene negados. ¿Por qué cuando crecemos dejamos de ver esas formas en la oscuridad? ¿Por qué dejan de escucharse esos sonidos, esas voces que nos decían...? ¿Qué decían? Quizás por eso la urgencia de la escritura. Escribir el sueño, para fijarlo. Transformarlo, por las palabras, en otra cosa.

Cuando tuve esos sueños, comencé a escribir lo que en ellos vivía. Mi idea era escribir una novela, así que me era básico recordar con detalle todo. En los sueños me mantenía atenta, memorizaba, no dejaba de lado ningún cabo suelto. No quería “completar” con mi interpretación lúcida y despierta

lo que había experimentado dormida, quería traspasarlo tal cual. Sostiene Dufourmantelle: “Las palabras que dicen el sueño parecen extranjeras al sueño, pero ellas revelan al soñador. Contar un sueño es, en un sentido, soñarlo de nuevo”. Volver a soñar. Eso era, exactamente, lo que yo buscaba a través de la escritura: *soñar otra vez*. No solo recrear o reinterpretar o reconstruir, sino ser capaz de invocar al sueño, tal y como el sueño me invocaba a mí. Porque en ese sueño, yo ya escribía. En mi vida real, apenas iba perfilando esa intención, pero *acá ya era*. Así, se trataba de escribir el sueño para soñar de nuevo que *ya escribo*. Sí, en presente, porque no debemos olvidar que el tiempo en los sueños es distinto. Todo sucede todo el tiempo; todo está ahí. Y esa era, y es, la posibilidad; esa era, y es también, la certeza. La gran verdad que habitaba en mi sueño era la escritura misma de ese sueño.

Hablar sobre los sueños, así sin más, como pura experiencia, puede ser intrascendente. ¿Qué más da que haya *vivido eso?*, se podrá objetar. Lo que creo es que seguramente a todos nos ha pasado algo así, pero pocos somos los que reconocemos su

relevancia, la forma en la que *estar en el sueño* nos trastoca. Pocos lo decimos por su nombre. Lo normal es decir: soñé esto o aquello; pero casi nadie *admite haber estado ahí*. Estar ahí para recibir el mensaje que el sueño nos comunica, un advenimiento: “Es un presagio, no en el sentido de la bola de cristal en la que podríamos leer el alcance de tal acontecimiento o tal persona en nuestra vida, sino en el sentido literal de una anunciación; la gestación de un mundo por venir que nosotros ya llevamos y en el que las premisas nos son dadas en la enigmática presencia de nosotros mismos en el sueño”, dice Dufourmantelle.

Cuando intenté escribir todo esto, yo era una adolescente. Había muchas cosas que me daba miedo nombrar, o que desconocía cómo nombrarlas. Usé las palabras que tenía a mi alcance y mi escritura fue muy limitada. Con el tiempo lo dejé. Con el tiempo, *el sueño* terminó. La posibilidad de volver a soñar, es decir, la posibilidad de escribir, quedó ahí. Y me sigo preguntando: ¿Por qué cuando crecemos dejamos de ver esas formas en la oscuridad? Algunos, algunas, resisten. Por eso podemos encontrar escrituras que nos transportan y que también nos transforman. Que nos ofrecen la posibilidad de vivir diferente. Ah, la literatura. En mi sueño, la literatura me era, porque ahí, ahí sí, podía escribir.